

Opinar sobre lo que nos compete

Por Patricio Vildósola F.

Las declaraciones formuladas la semana recién pasada, tanto por el señor almirante José Toribio Merino, como por el general señor Fernando Matthei, fueron, a mi juicio, mal interpretadas por la implacable oposición, la cual no desea que se continúe con el actual proceso que nos lleva a una democracia plena e integradora. Sin lugar a dudas, hay personas a las cuales no les conviene el desarrollo del proceso en el que se encuentra el Gobierno. La mala memoria de algunos sectores y el propósito de otros de retomar el poder podría llevarnos otra vez al despenadero, lo que no podremos olvidar quienes deseamos paz, tranquilidad y futuro para nuestra familia, que es lo que perdura. Esta obligación moral la tenemos todos los que amamos y trabajamos para el engrandecimiento de la patria, ya que es la mejor herencia que les podemos dejar.

A propósito de declaraciones, mucho se ha comentado sobre las emitidas por algunos obispos católicos, daña la forma poco cristiana de referirse al 67% de los ciudadanos que LIBREMENTE aprobamos la Constitución de 1980, y que por no ser del gusto de uno de ellos nos califica a todos de inmorales. Afortunadamente, la fe, nuestra fe, está por sobre sus ideas.

Me gustaría escuchar algún comentario del señor obispo de Linares, quien nos trató tan duramente, sobre el ex vicario de la Solidaridad, don Juan Ignacio Gutiérrez, a quien nuestro Gobierno le prohibió el reingreso al país, debido a las múltiples declaraciones en contra de nuestra patria efectuadas por ese master de la mitomanía, que afortunadamente "ahorcó" los hábitos, pues era como el



dicho aquel: "Predica pero no practica".

Realmente no sé que término se podría emplear para calificar a esta persona, que traicionó el juramento ante Dios y se aprovechó de la buena fe de los chilenos en general y de los sacerdotes en especial, ya que de regreso a la vida civil escribió un libro titulado "Chile, la Vicaría de la Solidaridad", en el cual se da el "lujo" de cuestionar en forma insolente a nuestro pastor, Cardenal monseñor Juan Francisco Fresno, quien lo había nombrado vicario.

Digo que estoy complacido de que hubiese colgado los hábitos, porque creo que le estaba haciendo un daño enorme a nuestra Iglesia, ya que sin lugar a dudas los sacerdotes deben tratar de unir y no destruir, como pretendía, con sus prédicas políticas, este hombre que desde España vino a tratar de desorientar. Tampoco es aceptable la deslealtad de haber escrito un libro en el que no sólo ataca a nuestro pastor, sino también en general a todos los sacerdotes y chilenos que no profesaban su ideología política.

Es por eso que, como católico, me permito solicitar a nuestras autoridades de la Iglesia instruyan a nuestros sacerdotes para que sus prédicas contengan amor, que es lo que más une, y la política la dejen a los políticos. Asimismo, el increíble caso de Rafael Maroto, personaje que del rebaño del Señor pasó a engrosar las huestes del ateísmo materialista, como vocero oficial del MIR, sinónimo de violencia terrorista. Se trata, entonces, mediante el amor -según Juan Pablo II-, de sensibilizar a los espíritus en base a los valores permanentes que la Iglesia Católica sustenta como fundamento inmovible de la recta doctrina y, por lo tanto, sinónimo de unidad.